El conde de Saligny arrojó hasta las fronteras á ese temible Juárez, enemigo de la Francia y del Emperador.

Para colmo de dicha y para que nada le faltara se casó con una mexicana muy rica de una antigua y distinguida familia del Estado de Puebla.

El hombre más estudioso podría dedicarse años á leer la historia diplomática y la biografía de los hombres de Estado más notables y no encontraría un triunfo tan completo, una gloria tan espléndida como la del conde Dubois de Saligny. Un verdadero fenómeno de fortuna, de talento y de habilidad diplomática.

EL REVERSO DE LA MEDALLA.—FIN DEL DRAMA.

XIII

Para verdades el tiempo
y para justicia Dios.

En las historias que yo he leído en francés y en castellano, referentes á esa época, no sólo no están referidos los bellos rasgos del carácter del general Prim, sino que la crítica injusta y aun el espíritu de partido entran por mucho en el juicio de la conducta que observó en los momentos difíciles en que desempeñaba el importante papel que le había confiado la Reina de España.

El Emperador Napoleón, M. Thouvenel, Drouyn de Luys, Billaut, el Duque de Morny, Salamanca, Mon, Calderón Collantes, Pacheco, Gutiérrez Estrada, Almonte, Saligny, Jurien de la Graviere, en una palabra, los hombres de Estado y los diplomáticos más remarcables de esa época, juzgaron la cuestión mexicana bajo diferentes aspectos, y todos, según sus afecciones, opiniones ó intereses, estaban seguros de un grandioso desenlace. El general Prim la veía de una manera distinta. Sin exageración, él solo luchaba resueltamente contra la opinión de toda la Europa.

Por fortuna escribió dos cartas, una al emperador Napoleón y otra á Don José Salamanca, que son hoy el pedestal de la grande y silenciosa estatua del Parque de Barcelona.[1]

Escritas con sencillez, con verdad, con naturalidad, sin pretensiones, están como impregnadas del antiguo espíritu profético. Como en un espejo veía claro y distinto el porvenir.

El 6 de Abril de 1862 escribió al Señor Salamanca desde Orizaba:

"Que el Emperador no conozca la verdadera situación de este país, no es del todo extraño, máxime cuando forma su juicio por las apreciaciones de M. de Saligny; pero que éste, que está sobre el terreno, que ha vivido largo tiempo en México y que no es nada tonto, comprometa, como lo hace, el decoro, la dignidad y hasta el honor de las armas francesas, no lo comprendo, no lo puedo comprender, porque las fuerzas que están aquí, bajo las órdenes del general, Laurencez, no bastan para tomar *siquiera á Puebla, no, no, no.*"

El general Laurencez, con cinco mil quinientos hombres y dejando una corta guarnición en Veracruz y ocupada Córdoba con trescientos ó cuatrocientos hombres á las órdenes del general Taboada, marchó con dirección á Puebla. El 28 de Abril tuvo un encuentro con las fuerzas del general liberal Zaragoza en las cumbres de Aculcingo, el que no queriendo comprometer un lance decisivo se retiró á Puebla.

Laurencez creyó que había obtenido una espléndida victoria y dirigió á sus soldados la proclama siguiente:

1 El 18 de Mayo, mi amigo el señor Don Juan Antonio López de Ceballos, escribía al Secretario de Estado de la reina Isabel entre otras cosas: "He hallado (en México) á la mayoría de los súbditos españoles irritados hasta la exasperación por la conducta seguida por el Conde de Reus desde su llegada y por la retirada de las fuerzas españolas He hecho los mayores esfuerzos para convencerlos de que deben suspender su juicios." ¿Qué dirán hoy esos españoles?

"Soldados y marinos: en el combate de las Cumbres, los ecos de las montañas de las cordilleras han resonado con el ruido de vuestras armas victoriosas: el cañón de los Inválidos responderá en Francia dentro de un mes, vuestros compatriotas hablarán de vosotros con orgullo y el Emperador os felicitará."

Todos veían las cosas color de rosa. Sólo el general Prim veía negro.

El 4 de Mayo, Laurencez llegó ante las fortificaciones de Puebla. Fuerzas reaccionarias lo ayudaban por las cercanías de la ciudad, distrayendo la atención del gobierno, que tenía que hacer frente á la invasión extranjera y á los enemigos interiores.

El 5 atacó por tres veces, furiosamente, las fortificaciones de Guadalupe y Loreto, y tal como lo había pronosticado el general Prim, fué derrotado y se retiró á Orizaba. Perdió cosa de treinta oficiales y quinientos soldados heridos ó muertos valerosamente al pie de las fortificaciones.

Ya se deja entender que el cañón de los Inválidos no respondió, y en vez de felicitaciones el Emperador destituyó del mando al conde de Laurencez y lo hundió para siempre en el olvido y en la desgracia.

En la misma carta continuaba diciendo al señor Salamanca:

"Cuidado que yo no niego que las tropas francesas llegasen á apoderarse de Puebla, y también de México; lo que *si niego resueltamente* es que basten los batallones que hoy tiene el conde de Laurencez. Las águilas imperiales se plantarán en la ciudad de Moctezuma cuando vengan á sostenerlas veinte mil hombres más, *¿Lo oye usted bien? Veinte mil hombres más.*"

Después de la derrota de Laurencez vinieron nuevos barcos de guerra con tropas á las órdenes de los generales Douai y Bazaine, y finalmente, el mariscal Forey llegó á Veracruz el 21 de Septiembre y se hizo cargo del mando del ejército expedicionario.

Hasta el 3 de Febrero de 1863 se comenzaron á mover las tropas francesas de las posiciones que ocupaban en Orizaba.

El 16 de Marzo llegó el mariscal Forey delante de la ciudad de Puebla, no sólo como lo había indicado en su carta el general Prim, con veinte mil hombres, cincuenta cañones rayados y cuatro morteros, sino además con las diversas partidas de reaccionarios que ascendían á seis ú ocho mil hombres. Según la declaración de un sargento del 18º batallón de Vincennes, el ejército se componía en total de treinta mil hombres. Con todo y los treinta mil hombres, no fué cosa tan sencilla apoderarse de la ciudad. Estableció un sitio en toda regla, los asaltos á los fuertes fueron rechazados, y los franceses tuvieron que combatir día y noche, batirse cuerpo á cuerpo en las calles, en las plazas, dentro de las casas mismas, hasta que al cabo de sesenta y dos días la plaza, escasa ya de municiones y sin víveres, se entregó al mariscal francés. No hubo capitulación. Se rompieron las armas, se inutilizaron los cañones, la tropa se dispersó y los jefes y oficiales quedaron á disposición del vencedor. Algunos generales como Porfirio Díaz, Riva Palacios, Berriozábal y otros, salieron de la plaza con algunas fuerzas y se dirigieron á Mexico á reunirse con las pocas tropas que allí había y continuar la campaña, sin desanimarse, ni abatirse un solo momento.

En la misma carta continuaba diciendo al señor Salamaca:

"Admitamos que á fuerza *de hombres y de millones llegasen los franceses á México;* repito que no lo dudo, pero ¿y qué habrán conseguido con ésto? ¿Cree ud. que crearán la monarquía con visos de estabilidad? *Imposible, tres y diez y cien veces imposible.* ¿Podrán á lo menos crear un gobierno estable bajo *la Presidencia de Almonte?* Tampoco, la gran mayoría delpaís la inmensa mayoría, digo, es liberal, y todo lo que sea fundar un gobierno contra el sentimiento público, es *un sueño, una quimera.*"

En la carta que escribio al emperador Napoleón III desde Orizaba con fecha 17 de Marzo,[1] después de manifestarle que

1 Tanto la carta dirigida al señor Salamanca como la del Emperador, y de las cuales se copian literalmente los párrafos, se encuentran en la obra titulada *Cuatro años en México*, por el notable escritor Don Ramón Elices Montes, el cual al hablar del general Prim le hace la debida justicia

Almonte y Haro le habían contado el propósito de crear una monarquía con el archiduque Maximiliano, le decía:

"Además tengo la profunda convicción, señor, de que en este país son muy pocos los hombres de sentimientos monárquicos y es lógico que así sea cuando no conocieron nunca la monarquía en las personas de los monarcas de España, y si sólo en la de los virreyes que gobernaron cada uno según su mejor ó peor criterio y propias luces, y todos según las costumbres y modos de gobernar á los pueblos de aquella época remota. La monarquía no dejó en este suelo, ni los inmensos intereses de una nobleza secular, como sucede en Europa, cuando al impulso de los huracanes revolucionarios se derrumba alguno de los tronos, ni dejó intereses morales, ni dejó nada que pueda hacer desear á la generación actual el establecimiento de la monarquía que no conoció y que nadie, ni nada, le han enseñado á querer y venerar.

"La vecindad con los Estados Unidos del Norte y el lenguaje siempre severo de aquellos republicanos contra la institución monárquica, han contribuido á crear aquí un verdadero odio á la monarquía, al paso que la instalación de la República desde hace cuarenta años, á pesar de su desorden y agitación constantes, han creado hábitos, costumbres y hasta cierto lenguaje republicano que no será fácil destruir."

El Emperador no le dió ninguna importancia á esta carta y continuó la política inaugurada por Saligny al romperse los convenios de la Soledad.

En la carta al señor Salamanca hay dos párrafos relativos á M. de Saligny que dicen así:

"¡Qué fatal va á ser este hombre para el Emperador y para la Francia! Yo no soy francés y, sin embargo, no perdonaré jamás á este hombre los males que va á causar á mis buenos camaradas.

"Los franceses partidarios de la torcida política planteada por M. de Saligny se desatarán contra mí, pero la Francia, *la*

noble y generosa Francia, cuando conozca la verdad de los hechos, deplorará lo sucedido, como lo deploro yo, pero no me culpará."

El párrafo más notable por su naturalidad y sencillez al mismo tiempo que por su firme convicción, es el siguiente:

"Las simpatías que vd. tiene por todo lo francés, le decía á Salamanca, harán que vd. no dé crédito á mis pronósticos. Le estoy viendo á vd. sonreirse incrédulo y diciendo: "*Mi amigo "Don Juan exagera, voy á guardar esta carta* para probarle en "su día que se equivocó, que no vió claro y que *mejor hubiera "hecho en marchar adelante con los franceses.*" Bueno, guarde vd. esta carta y en su día hablaremos."

Curioso es hoy el análisis de estas cosas trascendentales y por lo que se debe á la verdad y á la historia de España y de México, ligadas en este triste episodio, no llevarán á mal los españoles, y con especialidad los catalanes, que haya ocupado estas páginas que en resumen serán una pequeña contribución para la biografía de este insigne catalán. Veamos como continuaron cumpliéndose al pie de la letra sus pronósticos.

Los franceses llegaron, en efecto, á la capital. El mariscal Forey la ocupó el 11 de Junio de 1863, pero exactamente á costa de *hombres y de millones*. A esa fecha había enviado el Emperador cosa de treinta y cinco mil soldados, cantidades inmensas de material de guerra, víveres, carros, caballos y artillería. Al salir el Archiduque de Europa fué necesario que Napoleón le proporcionase quince millones de Francos en oro, y se habían gastado además tantos millones, que agotado el dinero de los banqueros de México, que habían dado todo el que tenían en efectivo en cambio de letras sobre París, tuvo que salir Don Nathaniel Davidson, agente de la casa de Rostchild, á traer de la Habana tres millones en onzas de oro.

Desde la llegada de Laurencez á Veracruz hasta que las águi-

las francesas entraron á México, seguramente se habrían ya consumido como trescientos millones de francos y perecido de fiebre, de disenterías, de insolación y de balas mexicanas, cosa de dos mil á dos mil quinientos soldados franceses.

¡Por once mil pesos que era lo que debía México á la convención francesa!

Habiendo aceptado el desgraciado príncipe de la casa de Hapsburg la corona que le ofreció Gutiérrez Estrada y socios, llegó á México en 12 de Junio de 1864 y comenzó á gobernar; pero no habiendo querido ni podido derogar las leyes de Reforma de Juárez, ni devuelto sus bienes al clero, comenzó á enajenarse la voluntad de los que con tanto entusiasmo lo habían ido á sacar de la deliciosa tranquilidad de su castillo de Miramar.

A los dos años no tenía Maximiliano ni dinero con que vivir, ni partidarios, y su situación era tan grave que la princesa Carlota salió repentina y ocultamente de México, se embarcó en Veracruz en un vapor correo el 8 de Julio de 1866, y el 10 del mes signiente entraba al palacio de Saint Cloud.

El Emperador, que había reflexionado, aunque tarde, y que es seguro que recordaba ó tenía quizá en su bufete la carta del general Prim, significó á Carlota que estaba decidido á retirar el ejército de México, y que habiendo ya la Francia gastado muchos millones estaba resuelto á no dar un centavo más.

La infortunada princesa abandonó con la muerte en el alma el palacio que cuatro años después fué reducido á cenizas por la Comuna, y no sabiendo qué hacer, ni dónde ir, ni materialmente dónde reclinar su cabeza, fué á dar con el Santo Padre al Vaticano, como queriendo que el Soberano de los católicos la auxiliase ó siquiera mitigase su angustia. Golpe tan terrible fué superior á sus fuerzas; su razón se extravió, y gravemente enferma fue conducida al palacio de Laeken, cerca de Bruselas, al lado de su desolada familia.

El 5 de Febrero de 1867 comenzaron á salir de la capital de México las fuerzas francesas, *sin haber conseguido nada, sin*

haber podido sistemar la monarquía, y se conocía sobradamente lo funesto que había sido á la Francia la política de M. de Saligny. El 8 de Marzo despachadas ya la mayor parte de las tropas, se embarcó en el navío *Soberano* el Mariscal Bazaine para irse á perder tres años después en la plaza de Metz.

"Fácil le será á V. M. (decía el general Prim á Napoleón III en su carta citada de 17 de Marzo de 1862), conducir al príncipe Maximiliano á la capital y coronarlo rey, pero este rey no encontrará en el país más apoyo que el de los jefes conservadores, quienes no pensaron en establecer la monarquía cuando estuvieron en el poder y piensan en ello hoy que están dispersos, vencidos y emigrados. Algunos hombres ricos admitirán también al monarca extranjero, viniendo fortalecido por los soldados de V. M., pero no harán nada para sostenerlo el día en que este apoyo llegara á faltarle y el *monarca caería entonces del trono elevado por V. M.*, como otros poderosos de la tierra caerían el día que el manto imperial de V. M. dejase de cubrirlos."

El 22 de Octubre el archiduque Maximiliano marchó á Orizaba, con el propósito decidido de embarcarse en la fragata *Dándolo* que lo esperaba y tenía hasta sus calderas encendidas; *pero estaba escrito*, como dicen los musulmanes, no se embarcó, y se fué á encerrar á Querétaro.

El mariscal Bazaine, al marcharse, se había llevado el *pedazo de manto imperial* que cubría la monarquía mexicana, y el 19 de Junio de 1867, el abandonado príncipe de la antigua casa de Hapsburg–Lorena fué fusilado en Querétaro.

La monarquía extranjera con un príncipe católico duró tres años. *Un verdadero sueño, una quimera.*

Los vaticinios y los sombríos presentimientos del Conde de Reus, se habían cumplido, uno á uno, y al pie de la letra.

Con motivo de una comisión que me confirió el gobierno, tuve ocasión de examinar las cuentas y balances originales del Conde de Germiny, que era el banquero de México en esa época.

Las operaciones financieras que se hicieron en París en los años de 1864 á 1866 importaron la enorme suma de mil ciento cincuenta y ocho millones doscientos ochenta y dos mil quinientos cuarenta y nueve francos, y esta suma, al 6 por ciento de interés anual, debía ser pagada por México. Los réditos de esa deuda, añadidos á los de las convenciones española é inglesa y tenedores de bonos de Londres, importaban cerca de catorce millones anuales. Las rentas totales de México en esa época no llegaban á dieciseis millones. La existencia de la monarquía de Maximiliano era de todo punto imposible. Los diversos esfuerzos de los acreedores que habían contribuído á crear esa situación les salieron contraproducentes.

Pues bien, toda esa enorme suma quedó á cargo de la Francia, pues cuando se reanudaron las relaciones entre México y Francia, quedó México libre de esta deuda y de cualquiera otra reclamación francesa. Si se agregan los gastos hechos hasta el año de 1867, en que terminó la desocupación, y lo pagado por cuenta de la reclamación de Jecker, no será exagerado calcular que esta extraña guerra costó á la Francia mil quinientos millones de francos.

Por lo que gastó Francia en tan deplorable aventura se puede calcular lo que hubiese costado á España y el eminente servicio que prestó á su país y á México el general Prim, evitando una lucha inútil, insana y fratricida y reconciliando de una manera sólida y durable á la antigua colonia independiente con la madre patria.

Con la simple referencia de los hechos y las irrecusables pruebas que el tiempo se ha encargado de ministrar, se enaltecen las nobles prendas de este intrépido soldado, de este hombre remarcable, vencedor de los moros, amigo de los reyes *Kings' Maker*, como el conde de Warwick, pero sobre todo alma gran-

de y honrada, que muy superior á las influencias de la época, cumplió con la justicia y con el deber, sin desvanecerse ni dejarse deslumbrar por el engañoso brillo de una pasajera gloria.

XIV

El fin de un millonario.

Quince ó diez y seis millones de francos se pagaron á Jecker á cuenta de su reclamación, dinero que en definitiva salió del tesoro francés. Los acreedores de México recibieron un 50 por 100, y el banquero, personalmente reducido á escasísimos recursos, se marchó á París para agenciar el pago total y liquidar sus cuentas, pero las cosas habían cambiado mucho. El Emperador, aunque tarde, había reflexionado, y su política se cifraba entonces en terminar de cualquier manera, de modo que no volviese á oir el nombre de México, que por otro aspecto le causaba horror.

Pasaban días, semanas y meses y Jecker no adelantaba un paso en su liquidación. En esto vino la guerra alemana y la Comuna. Jecker lo que puede llamarse pobre, pasó como pudo, días amargos, ocultándose en una y otra parte, hasta que urgido por la necesidad y creyendo que las pasiones habían calmado un poco, intentó salir de París fiado también en que si su nombre había hecho mucho ruido, su persona no podría ser fácilmente reconocida. Para poder pasar las fortificaciones era necesario un pasaporte; él tenía uno con la filiación exacta, pero con nombre supuesto. Con la más grande confianza se dirigió al puesto de policía para que el documento fuese visado. No hubo dificultad, y se retiraba con dirección á la estación del camino de hierro, cuando fué llamado. Alguno de los comuneros lo conoció ó malició algo, lo registraron y encontraron que tenía en el bolsillo otro pasaporte con su verdadero nombre. Interrogado, dijo la verdad, é inútil hubiese sido lo contrario; lo

metieron á un cuarto donde estaban algunas otras personas que habían sido reducidas á prisión. Al cabo de tres ó cuatro horas se presentó un pelotón de voluntarios que se apoderaron de él. Con el vértigo de la muerte murmuró algunas palabras; después con cierta energía, pidió al oficial que lo condujesen ante uno de los jefes caracterizados para darle explicaciones, pero no le hicieron caso y apenas le dieron tiempo para que se pusiese un sobretodo gris perla, pues había comenzado á caer una fuerte nevada. Caminaron así calles y callejuelas llenas de fango, hasta que fueron á dar á la esquina de Haxó y Puebla, seguramente era la calle de Puebla la que buscaban para la ejecución, como desquite de la derrota de Laurencez y de la sangre francesa derramada ante las inexpugnables fortificaciones donde se estrellaron los valientes batallones de zuavos.

La nieve caía más espesa, la tarde declinaba, y las sombras invadían esas angostas y tristes calles que parecían abandonadas por los habitantes. El desventurado banquero volvía la vista á todas partes; ni una alma que lo pudiese amparar; apenas había uno que otro ojo indiscreto que detrás de una persiana contemplase esta aterradora y lúgubre escena.

El pelotón hizo alto; el que lo mandaba colocó á Jecker de espaldas contra la esquina; otro le sumió el sombrero hasta los ojos, y siguió una descarga de quién sabe cuántos balazos. Jecker cayó en un charco de sangre y de lodo. El oficial dió las órdenes de mando y el pelotón se retiró; la nieve, más espesa, cubría el suelo y oscurecía la atmósfera y el silencio de la noche, negra y fría, apenas fué turbado en esas sombrías calles por los últimos quejidos del desventurado banquero.

XV

Así pasan las glorias de este mundo.

Resultado final para Francia de esta guerra insensata de cinco años: